

BIBLIOTECA

Los Grandes Películas

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

PROPAGANDA



¡Feliz año
nuevo!

por
Mauri Asher
y
Charles Morton

50 cts.



¡FELIZ AÑO NUEVO!

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

¡Feliz Año Nuevo!

Argumento de la película

La nieve envolvía como un sudario la ciudad de Nueva York. Era el último día del año y esta parecía querer despedirse con una tempestad de ventisca y frío. Las gentes pasaban de prisa desensas de llegar cuanto antes a sitio cubierto dando poder recibir el benéfico influjo de la calefacción. La temperatura marcaba varios grados bajo cero; aquel año la tierra parecía convertida en un intenso país polar.

En una modesta pensión de la gran ciudad, reposaba en su cama un niño doliente. A través de los cristales contemplaba el blanco panorama nevado y escuchaba la extraña y misteriosa canción del vendaval. Por la imaginación del niño

quillo, que llevaba varios días en el lecho, pasaron floridos pensamientos.

Aquella era la noche divina en que los Reyes Magos guiados por la brillante estrella de Oriente, iban a Nueva York a dejar juguetes a la infancia.

Pedrito había puesto aquella tarde unas medias en la chimenea para que los augustos monarcas las llenaran de objetos y regalos. Pero era ya anochecido y las medias seguían vacías sin soportar ningún atraente peso.

En cambio, en el cuarto cercano, una niña había sido más afortunada que Pedrito.

Los soberanos habían ya pasado por allí dejándole numerosos recuerdos.

Aquella nena, que tenía un gran corazón, vió desde su ventana al enfermito y compadecida le dijo a su madre:

—Mamá, ¿me dejas ir a alegrar un poquito a ese niño que está enfermo?

—Sí... sí... pero llévale uno de tus juguetes. Los Reyes se han olvidado de él...

La niña cogió un muñeco de celuloide y dirigióse al cuarto de Pedrito.

—¡Toma, Pedrito!... ¡Te lo regalo!... Es uno de los que me han traído los Magos de Oriente.

Una extraña luz flotó en los ojos del enfermo.

—¡Gracias, Laisita, gracias!... Los Reyes no han venido a verme aún... Andan un poco retrasados para mí.

—Ya vendrán... Deben estar muy ocupados.

—¿Se habrán olvidado de mí? ¡Yo he sido tan bueno durante todo el año!... No, no, estoy seguro que aun han de venir esta noche.

—Sí, amiguito... no pierdas las esperanzas.

Y acarició ingenuamente a su amigo, no comprendiendo tampoco su tierno corazón por qué los Reyes se habían olvidado de un chiquillo tan guapo, tan bondadoso y delicado como Pedrito.

¿Qué sabían ella y Pedro de las hondas y ocultas tragedias de la vida?

Y, sin embargo, Pedrito era protagonista de uno de los más intensos dramas: la miseria.

Pedrito era huérfano y vivía con su hermana Margarita, lirio virginal de veinte años, bella como una azucena.

La muchacha estaba sin trabajo hacía una temporada, y carecían de recursos. Y es por eso que pasaba la noche de fin de año sin que los Reyes Magos aparecieran con su eterna ilusión.

Margarita sufría mucho más que su hermano. Comprendía el anhelo del pequeñín y lloraba al ver que no podía proporcionárselo.

¡Ah, ser pobre! ¡Cuántas lágrimas cuesta!

Todo el día estuvo rodando por las calles, visitando las direcciones de los anuncios que solicitaban alguna empleada; pero, por cada plaza caía un montón de desdichadas. Nunca llegaba la oportunidad para Margarita.

¿Qué hacer? ¿Cómo encontrar los dólares necesarios para comprar unos sencillos juguetes que hicieran sonreír al enfermito?

Anduvo desesperada bajo la nieve que volvía a caer espesa y fuerte.

Rendida de andar a la ventura, sin ton ni son, se detuvo al anochecer, ante un pequeño restaurante.

No podía más... Estaba tan débil que se sentía cercana al desvanecimiento. Le quedaban unos pocos céntimos en el bolsillo. Los gastaría bebiendo un café con leche.

Un joven pasó cerca de ella y la observó con curiosidad, admirando en rápida ojeada aquel cuerpo armonioso.

Luego, entró en el restaurante.

Permaneció Margarita largo rato ante el establecimiento, vacilando en gastar o no los últimos céntimos. Pero su cuerpo estaba frío como si la nieve hubiera penetrado en él... Era menester tomar algo caliente.

Avanzando lentamente entró en la tienda y fué a acomodarse a una de las mesas.

Bebió un café con leche.

El joven que antes la había estado observando y que se hallaba ahora en una mesa, acompaña-



... la observó con curiosidad.

do de varios amigos, volvió a fijarse en Margarita y examinó con delectación de tenorio los encantos de aquel cuerpo de palmera.

Con la pasmosa tranquilidad que era la característica de todos sus actos, el mozo avanzó hacia Margarita y tomó asiento frente a ella.

—¿Qué le pasa, jovencita? ¿No andan bien las cosas?— le preguntó.

Margarita enjugóse unas breves lágrimas que pugnaban por aparecer en sus ojos, y quiso sonreír... Pero la sonrisa resultó más dolorosa que su anterior actitud.

—¿Qué le hace falta... amor o dinero?— siguió diciendo el desconocido—. Yo proveo a las jóvenes bonitas de ambas cosas.

Echó mano a la cartera y le mostró unos billetes de banco.

—¿Quiere?

—¡No... no!... ¡Gracias!— respondió Margarita con un deseo de no ser humillada—. ¡Nada necesito!

Movió el joven la cabeza con aire de duda... El aspecto de la muchachita no era complaciente ni feliz. Alguna cosa grave le pasaba aunque intentara disimular.

Sin embargo, no quiso insistir y limitóse a entregarle una tarjeta con sus señas.

Margarita leyó:

ENRIQUE HARMON
Calle Treinta y tres, 67, Club.

—Buena, si las cosas se le empeoran, deme una llamadita al teléfono.

Y saludándola cortésmente volvió a su puesto mientras Margarita miraba la tarjeta, vacilando en aceptar o no la protección que le brindaba aquel hombre. Pero acabó por acallar su dolor.

Uno de los amigos de Harmon dijo a éste al verle regresar:

—Fracasaste esta vez, Enrique, pero alguna te tenía que fallar.

—Te apuesto cincuenta dólares a que antes de dos días, esa mujer me llama.

—¡Ilusiones!

—¡Conozco la vida! Esa chica está sin amparo... Veréis como impetrará mi protección.

Margarita se alejó sin que ellos se dieran cuenta. Había pasado fugitiva, alada, como una visión...



Seguía Margarita su camino en aquel anochecer doloroso... Y para hacer más amarga su situación, la ley de los contrastes ponía ante ella el espectáculo de la muchedumbre feliz, apretujándose en las tiendas para adquirir juguetes con que solazar a los niños.

Y ella, Margarita, carecía de todo recurso.

¿Cómo iba a regresar a su casa sin llevar para

el niño, para el hermanito bueno y delicado, un lindo juguete? Y, sin embargo, era imposible lograr esa realidad.

Detuvo ante una casa de banca en cuyos escaparates había expuestos billetes y monedas de todos los países.

¡Qué mirada tan honda, tan penetrante clavó en aquellos papeletos mágicos que podían trocarse en las cosas hermosas de la vida!... Señor, ¿por qué no había en el mundo dinero para todos?

Su carita linda y pálida, casi incrustada en los cristales del establecimiento, llamó poderosamente la atención de un muchacho, Eduardo Warren, un rico cliente del banco, que estaba cobrando en la caja una importante cantidad.

—Bonita muchacha, ¿verdad?—le dijo el cajero.

—¡Encantadora!... ¡Y qué mirada tan triste!... Me da el corazón que esa niña no tiene dinero... ¡Con qué ilusión contempla esos billetes! ¡Ah, cuando se carece de todo, un simple dólar parece una fortuna.

Acercóse al escaparate por la parte interior y contempló frente a frente a la desconocida, admirando aquellos ojos serenos de virgencita doliosa.

Ella se dio cuenta de la atención de que era

objeto, y, desolada, pues sólo veía miradas varoniles en que adivinaba deseos, se apartó del cristal y prosiguió su camino entre la nieve.

Eduardo salió también, dispuesto a seguir a la muchachita. Pero la oscuridad era densa y la cortina de nieve impedía distinguir las cosas a pocos pasos de distancia.

Desde un automóvil, un amigo le llamó:

—Oye, Eduardo, date prisa... Tenemos que correrla de lo lindo.

—Carlos, he visto a una muchacha y...

—Déjate de cosas... Sube... e iremos a algún sitio a divertirnos de veras.

El joven obedeció, pero en el instante que iba a subir al automóvil, una ráfaga de viento se le llevó el sombrero.

Corrió detrás de él y cuando ya lo tenía a su alcance, al doblar una esquina dió de bruces con una mujer.

Esta y Eduardo cayeron sobre la nieve.

Eduardo se dispuso a levantar a la muchacha con que había tropezado y darle sus más sinceras excusas.

Pero al mirarla reconoció en ella, sorprendido, a la triste mujer que, momentos antes, le había llamado poderosamente la atención.

También ella le recordó...

—Tenga la bondad de perdonarme, señorita— dijo—. Con motivo de Año Nuevo, ando algo atolondrado.

—¡Oh, no ha sido nada!

—De todos modos, he tenido la suerte de volverla a ver... Desde que la vi frente a la vidriera, sentí vivos deseos de conocerla.

—¡Gracias!...

El joven trazó sobre la nieve con la contera de su bastón, un corazón atravesado por una flecha, y se echó a reír.

Pero, ella, puso la cara seria y saludando con una breve inclinación de cabeza, se despidió de su interlocutor.

Eduardo la vió alejarse. ¡Qué hermosa era!

Carlos llegóse a él y le obligó a subir al automóvil. ¡Qué ridiculeces eran aquellas? Vaya, ¡amorios a tal hora?

Margarita volvió curiosa al lugar donde el desconocido había trazado el corazón de nieve y estuvo contemplándole breves instantes con cierta sonrisa feliz.

De pronto sus ojos parpadearon nerviosos y corrió a coger algo oscuro que estaba en el suelo.

¡Una cartera!

Tuvo la absoluta certeza de que pertenecía al

joven del sombrero. En su caída se le habría escurrido del bolsillo.

Tuvo la cartera entre las manos, la abrió y vió que contenía numerosos billetes de banco.

Aquello significaba una fortuna y el fin de los sufrimientos morales y materiales que ella estaba pasando.

Pero tal pensamiento fué rechazado instantáneamente por el anhelo del deber.

Nunca tomaría lo que no era suya. Y viendo a aquel joven que iba a marchar en el automóvil, corrió hacia allí y le mostró la cartera.

—Es suya, ¿verdad?

—¡Sí... sí!... ¡Caramba!... No me había dado cuenta.

Carlos, el amigo de Eduardo, examinó a la muchacha con profunda delectación. ¡Era simpática y honrada la ingenua!

—¡Muchas gracias, señorita! Tome usted, como recuerdo de nuestro encuentro—dijo Eduardo, adivinando en todo el porte de ella el cansancio de su pobreza.

Sacó un billete de cien dólares y en uno de sus lados, escribió: "Buena suerte". Luego lo puso en manos de Margarita.

—Le deseo toda clase de venturas, señorita...

Vaciló Margarita antes de tomar el obsequio.

Pero aquello no era una limosna, ni un favor; era una gratificación espléndida a un acto de honradez. Y pensando en el hermanito que esperaba con dulce ilusión aquella noche de Año Nuevo, guardóse el billete.

—Yo quisiera tener algún recuerdo de usted, algo que también me traiga buena suerte—dijo Eduardo.

—¿Qué le voy a dar, pobre de mí?

Instantáneamente arrancóse un dije de metal que llevaba suspendido de una cadena, y se lo entregó.

—Se lo agradezco mucho, señorita. Será en lo sucesivo mi talismán.

Margarita despidióse tímidamente de aquel inesperado protector y de su amigo, y alegre y feliz, con el billete de cien dólares en la mano, prosiguió su camino con dirección a alguna tienda de juguetes donde poder adquirir varios objetos para Pedrito.

Vió arrancar el automóvil... y sintió la influencia de unos ojos varoniles que de lejos le sonreían.

Y su corazón se sintió herido por el flechazo.

Entró en una tienda. Estaba llena de gente que se aglomeraba ante los puestos de juguetes.

Margarita dijo a una vendedora:

—Quisiera comprar algunos juguetes, pero no tengo más que un billere de cien dólares.

—Se nos acabó el cambio—respondió la dependienta—pero quédese usted lo que guste. Ya lo pagarán en su casa cuando se lo enviemos.

—Perfectamente...

Escogió varios juguetes, estremeciéndose de alegría al pensar en el inesperado contento de su hermano.

El automóvil que transportaba los juguetes iba a salir de un momento a otro. Metieron en el coche los elegidos por ella para mandarlos a la pensión.

Suponiendo Margarita que el coche llegaría primero que ella, se dirigió al teléfono de la tienda y pidió comunicación con la pensión donde vivía.

En las grandes aglomeraciones las gentes de mal vivir campan por sus respetos, se mezclan entre las personas honradas, aprovechándose de

sus distracciones para aliviarles de todo peso sus bolsillos.

En aquella tienda habían penetrado dos sujetos ávidos de realizar algunas proezas en noche tan señalada.

Uno de ellos observó que Margarita, antes de ir a telefonar, se guardaba en una bolsa bajo el abrigo un billete de cien dólares. Lanzó una mirada de inteligencia a su cómplice. Era preciso obrar con rapidez.

Acercóse a Margarita que telefoneaba a la patrona de la pensión.

—Habla Margarita Lee—decía la joven—Tengo el dinero del alquiler... y más aún.

—¿Es posible?

—Palabra de honor, señora... Dentro de media hora estoy ahí. Ahora llegarán unos jugetes y le ruego los pague... Ya arreglaremos cuentas después.

—Conformes, muy bien...

Y mientras Margarita telefoneaba, el experto vaciador de los bolsillos ajenos, le levantó con toda precaución el abrigo, echó mano en el bolso, y sus dedos ágiles y nerviosos sacaron el billete de cien dólares.

Luego escapó sin que la robada se hubiese

dado cuenta de que acababan de arrebatarse lo que constituía su única fortuna.

La joven se encaminó de prisa a su casa. Ya no sentía tanto el frío como antes; su alma estaba llena de calor.

Entró en otra tienda a adquirir un pollo asado, un magnífico ejemplar.

Rogó que lo enviaran a su casa donde les pagaría su importe.

Y siguió, deseosa de llegar cuanto antes, hacia la pensión.

La patrona de la casa de huéspedes comentaba con su hijo, un grandullón bastante estúpido, la suerte loca de la joven.

—¿Qué te parece? Margarita Lee ha heredado algún dinero.

Al chico le faltó tiempo para hacer correr la voz entre los demás huéspedes de la casa, comenzando a agrandarse aquella noticia con los desmesurados términos de la exageración.

—¿No sabes? Margarita Lee ha heredado mil dólares—dijo a una artista que se hospedaba en la casa.

—¡Mil dólares!—exclamó la patrona—. Me parece que ha dicho dos mil.

La artista a su vez comunicó a otras compañeras:

—Alguien se murió y le dejó a Margarita Lee cinco mil dólares.

Y la bola de nieve rodaba y crecía y los modestos cien dólares de la afortunada se convertían por obra y gracia de aquella gente, en una verdadera fortuna.

Llegaron los juguetes y la patrona pagó religiosamente su importe.

Se frotaba las manos de alegría. Al fin cobraría los dos meses de alquiler que le debía Margarita.

En el mundo hay seres afortunados. ¡Ah, cuán cierto es que la riqueza y la buena suerte se presentan de improviso, a la que salta, favoreciendo a los que viven más descuidados y lejos de ella!

La misma patrona se encargó de dejar en el cuarto de Pedrito los juguetes. El niño volvía a dormir... y la dama sintió un desgarró sentimental recordando despertares de su infancia.

Margarita no tardó en presentarse.

Venía loca de alegría y abrazó efusivamente a la patrona y a las demás compañeras, que la trataban ahora con la mayor consideración.

—¡Oh, Margarita, quién iba a suponer!

—¡Admirable, Margarita!

—¡Qué suerte la suya, Margarita!

Y la muchacha se aturdió entre aquel diluvio de caricias sin fin.

—¿Y los juguetes?—exclamó de pronto.

—¡Están arriba! ¡Yo misma las pagué!—dijo la patrona.

Y todos corrieron hacia la habitación del niño, quedando ante la puerta sobrecogidos de emoción.

Pedrito acababa de despertar y veía ante el lecho aquellos mágicos juguetes. Los estrechaba contra su corazón con la alegría indescriptible que causa lo maravilloso.

Margarita lloraba viendo el contento de su hermano. ¡Ah, bendecía a la Providencia por haberle dado aquella hora de júbilo!

La patrona no pudo resistir por más tiempo su emoción y se alejó, pronta a estallar en un mar de lágrimas.

Bajó al comedor reuniéndose con su hijo y otros huéspedes que seguían comentando la inesperada suerte de Margarita.

De pronto entró un hombre trayendo un pavo asado.

—Es para la señorita Lee.

Madre e hijo se miraron con asombro. ¡Pero aquella niña tiraba hoy la casa por la ventana!

¡Nada menos que pollo y todo!

—Bueno... ¿y quién va a pagar el pavo?— dijo el muchacho a su madre.

—Yo misma... Ya llamaremos luego a Margarita.

Abonó los cinco dólares que el animalito costaba y aspiró con fruición el benéfico aroma del asado... Margarita no se mostraría, seguramente, tacaña en repartirlo entre todos.

Minutos después, regresó Margarita... No podía reprimir las lágrimas que le causaba la felicidad de su hermano. También se sufre de alegría...

La patrona volvió a felicitarla y luego le dijo con cierta indiferencia fingida:

—Bueno... vamos a ver, todo junto, alquiler, juguetes y pavo, suma cincuenta y siete dólares.

—¿Tiene usted cambio de un billete de cien?

—Sí...

—Ahora se lo voy a abonar.

—¡Qué suerte ha tenido usted!—le dijo el hijo de la patrona— ¡Feliz Año Nuevo, Margarita!

—¡Gracias... e igualmente para todos!

Fué a coger el gabán y buscó en el bolsillo interior el billete... Pero ¡Dios santo!... el dinero no estaba allí...

Atolondrada, registró los demás bolsillos, bus-

có en el monedero, volvió a poner la mano en el gabán...

Todos la contemplaban con profundo silencio y atención, extrañados de semejante proceder.

—¿No lo encuentra?—dijo una de las muchachas.



—¡Qué suerte ha tenido usted!

—¡Oh, no sé... pero si lo había metido aquí... aquí!

Seguía registrando febrilmente mientras las lágrimas le saltaban de los ojos y un extraño temblor agitaba su hermoso cuerpo.

Momentos después, dándose cuenta de su infortunio, acabó en un doloroso sollozo:

—¡Deben haberme robado! ¡Qué desdicha!

Madre e hijo se miraron con una sonrisa de



Seguía registrando febrilmente...

inteligencia. Y el grandullón murmuró al oído de la vieja:

—Me parece que te han estafado, mamá.

—¡Cállate!

Las huéspedes, dándose cuenta de lo ocurrido, se retiraron discretamente.

Buen conflicto se avecinaba. Pero, ¿qué había

hecho aquella chica? ¿Dónde estaba el dinero? ¿Desgracia? ¿Se lo habrían robado efectivamente?

Margarita Horaba desolada dando vueltas al abrigo y buscando por todo su cuerpo imaginarios bolsillos donde haber podido guardar el billete salvador.

—¡Me han robado... me han quitado el dinero!—gemía.

La patrona se le acercó. Sus ojos tenían una salvaje violencia. Ya había cambiado por completo la suave expresión de sentimentalismo que tenía poco antes.

Se trataba de su dinero, de sus intereses y esto era más importante que cuatro zarandajas sentimentales.

Cogió brutalmente a Margarita por los hombros y le dijo:

—¡Estafadora!

—¡No es verdad!—protestó la muchacha—. Yo tenía el dinero. No sé cómo ha desaparecido.

—¡Mentirosa! ¡Ladrona! ¡Sinvergüenza!

—¡Por favor, señora!...

—¡Jamás volverá a tener oportunidad de engañarme... ¡Malvada! ¡Cómo se ha burlado usted de mí!

Y salió como una diosa vengadora marchando en dirección al cuarto de Pedrito.

El nene estaba jugando con aquellos objetos que los amigos acababan de traerle, pero la patrona avanzó hacia él y comenzó a arrebatárselos.

—¡No quiero... no quiero!—protestaba el chiquillo defendiendo con sus tiernos bracitos aquel tesoro.

—¡Cállate!... Los Reyes cambiaron de parecer.

Y, quieras que no, metió en un cesto aquella colección de cosas encantadoras.

Pero el niño defendía un último muñeco que había podido librar de aquellas inhumanas garras.

—¡Esto no, esto no!—gemía.

—¡También... todo... todo!

La patrona se sintió rudamente empujada por los brazos de Margarita.

—¡Salga usted de aquí!—dijo arrastrándola fuera de la habitación.

—¡Quiero los juguetes!

—Los tendrá usted, pero no maltrate al niño.

Cuando tuvo fuera a la maligna vieja, la pobre Margarita venció la resistencia de su hermanito y le quitó el muñeco.

—Los Reyes se equivocaron—le dijo, inten-

tando sonreír—. Más tarde te traerán cosas más bonitas.

—Quiero aquellos juguetes...

—¡No llores, tonto!... Verás qué muñecos te dejarán.

Y con el alma transida de dolor viendo sufrir al pequeñín, Margarita salió y entregó a la patrona el último juguete.

El hijo de la patrona devoraba opíparamente el pollo con el derecho ya sagrado de la propiedad.

—¡Bien!—rugió la dueña, mirando a Margarita—. Le doy de tiempo hasta mañana por la mañana... ¡Pague todo lo que debe o lárguese!

Sin contestar, Margarita se encaminó a su habitación... Allí lloró tristemente aquella inolvidable última noche del Año. Volvía a ver ante ella el espectáculo de la miseria tendiéndole sus garras infames.

María, una pensionista de la casa, entró a consolarla. Tan buen corazón tenía aquella muchacha, que le quiso dar parte de sus aborros para calmar la brutalidad de la patrona. Pero Margarita, que sabía la serie de sacrificios que aquella niña se imponía para ahorrar y enviar dinero a su madre enferma y ausente, no quiso aceptar su rasgo generoso.

De pronto, Margarita abrió su monedero y sacó la tarjetita de Enrique Harmon. Recordó las palabras de éste, pronunciadas pocas horas antes... ¿Por qué no acudir a él en tal momento de angustia?

—Voy a telefonearle—exclamó.

María leyó la tarjetita y sus ojos parpadearon.

—¿Enrique Harmon?— ¡Cuidado, Margarita, ese hombre es el mismo diablo!

—Parece bueno...

—Bueno, ¿eh? Lleva el disfraz de la bondad... pero es un verdadero canalla... Es dueño de una casa de juego donde despluman a los incautos. El mejor empleo que podría darte sería servir de "gancho".

Pero...

En aquel momento volvió a entrar la patrona.

—Advierto a usted—le gritó—que si mañana no me paga, su hermano irá al Asilo de Huérfanos.

—¡No... no! ¡Compasión, señora!

—Me ha estado usted indignamente...

Volvió a salir, mascullando improperios contra la desgraciada joven.

—¿Ves?—dijo Margarita a su amiga—. No puedo esperar. Necesito dinero, sea como sea... Ya no se trata de mí, sino de mi hermano.

—Será peor el remedio que la enfermedad. No trates a ese Harmon.

—Es el único que puede darme algo.

—¿No sabes lo que te costará eso?

—Exageras, querida... Yo tengo que buscar dinero, sea como sea... Aceptaré cualquier empleo que me dé.

Y sin querer atender sus razonadas protestas, Margarita se puso en comunicación con Enrique Harmon.



El club de Harmon era un verdadero garito, una casa de juego donde se perdía por las buenas... o por las malas.

Estaba revestido de cierta elegancia, pero bajo los trajes de etiqueta de las damas y caballeros, flotaba un espíritu de malignidad.

Aquella noche, Eduardo Warren con su amigo Carlos había llegado a aquel club con el ánimo de jugar unos cuantos dólares.

Sabían que allí podía uno divertirse de veras, pues abundaban las mariposas ricas en colores y en amor.

—Buenas noches, señor Warren—le dijo Har-

mon, sonriendo, al verle entrar. — ¿Viene usted a probar fortuna otra vez?

— Así parece...

— Celebraré que triunfe.

En aquel momento advirtieron a Harmon que una mujer preguntaba telefónicamente por él.

— ¡Voy allá!

— ¡Amores?—le dijo Eduardo, riendo.

— Algo así...

Eduardo se echó a reír. También él gustaba de libar de flor en flor porque hasta entonces no había encontrado el verdadero jardín amoroso donde reposar.

Era Eduardo un buen muchacho. Millonario, carecía de preocupaciones económicas. Hombre de temperamento espiritual, se aburría, sin embargo, entre el mundo trivial.

Vió que Harmon iba a telefonear. Probablemente sería alguna conquista suya. Recordó entonces Eduardo a la muchacha que le devolvió la cartera... Y sacó del bolsillo el dije de metal.

¡Encantadora criatura! ¡Ah, fué realmente un estúpido al no preguntar sus señas!... Se daba cuenta de que era una hermosa mujer y que llevaba grabado en el alma su recuerdo.

¡Si hubiera sabido que a pocos pasos de allí, en aquel instante, Harmon escuchaba la voz de

aquella mujer!... Pero, ¿cómo podía Eduardo sospechar ni siquiera remotamente esa posibilidad?

Harmon estaba entretanto al teléfono. La alegría se reflejó en su rostro cuando supo quién le llamaba.

¡Maravilloso! ¡A las pocas horas ya le pedía ella auxilio!

— ¡Me permite irle a visitar para hablar de un empleo?—le dijo Margarita.

— Desde luego—respondió, triunfalmente—. Estoy seguro de que podremos hallar algo para usted.

— ¿Puedo venir ahora?

— En el acto. Quedo aguardándola.

— ¡Hasta luego!

— ¡Adiós... hermosa!

Radiante de dicha, llamó Harmon a uno de sus secuaces, elegante rufián, que ocultaba bajo el frac brutales instintos y le dijo:

— Vendrá una muchacha preguntando por mí. Hazla entrar en mis habitaciones del primer piso.

Mientras tanto, Eduardo y Carlos habían llegado a una de las mesas de juego y apostaban algunas cantidades.

La fortuna les era varia; a veces ganaban,

pero acabaron por perder la mayor parte de su caudal.

Un individuo, llamado Miguel, el mismo ladrón que había robado a Margarita su billete de cien dólares, acercóse a la mesa y jugó, depositando aquel dinero sobre un número determinado.

Eduardo fijóse casualmente en el billete en uno de cuyos lados estaba escrita de su puño y letra la palabra "Buena suerte".

Le invadió un profundo estupor, una gran sorpresa.

¡Aquel billete con tal inscripción era el mismo que horas antes había dado a la muchacha inolvidable!

¿Cómo era posible que estuviese ahora en poder de aquel sujeto en quien bajo su traje de etiqueta, se adivinaba al vividor, al hombre manchado por la crápula?

Decidido a enterarse de la verdad cogió el billete y dijo a Miguel:

—¿Tendría la bondad de decirme dónde consiguió eso?

El ladrón sintió que un estremecimiento le erizaba la carne. ¿Sabrían algo? Pero rehaciéndose le arrebató otra vez el billete.

—Tengo curiosidad por esos cien dólares—in-

sistió Eduardo, amenazador—. ¿Quiere decirme de dónde los ha sacado usted?

—¡Vaya, hombre, no sea entrometido!—respondió el ladrón, turbado.

—¿Dígame usted!

—Es un billete de buena suerte y voy a desbancar la casa con él—rugió.

Y apartándose de Eduardo, se dirigió a otro lado de la mesa y apostó a uno de los números.

Eduardo no quiso insistir, pues vio rostros amenazadores que le miraban con fiera.

Sin embargo, no se sacaba de la cabeza al hombre ni al billete. ¿Qué relaciones habría entre aquella dulce mujer joven y ese sujeto de aspecto repugnante?

Y la suerte comenzó a favorecer al rufián... Una y otra vez ganó, apostando siempre de nuevo todo lo ganado, y pronto reunió una suma fabulosa. Centenares de fichas de las que la casa daba para ser luego cambiadas por dinero, se amontonaban sobre el billete de los cien dólares.

La noticia de aquella buena suerte atrajo la atención de todos y hasta la del propio Harmon que no toleraba que nadie saliese de allí con los bolsillos excesivamente repletos.

Acercóse a Miguel y le contempló de pies a cabeza con hondo desprecio. ¿Cómo aquella ali-

maña se atrevía a desbancar el establecimiento?

Miguel, con la energía que da la fortuna, miró insolentemente al dueño del garito y le dijo:

—¿Qué le pasa? ¿Tiene usted miedo a perder un poco de dinero?

—¡Eso es! ¿Qué quiere usted?—dijo una rubia oxigenada, la amante de turno de Miguel.

Harmon envolvió en una mirada de desprecio al afortunado. Y exclamó midiendo con lentitud sus palabras:

—¿Quiere usted jugar todas sus ganancias?... Si gana le doy doble, si pierde me lo queda todo.

—¿A la ruleta?

—Nada de eso. ¡A los dados!

—¿Apostado!

Harmon cogió unos dados y se los entregó a Miguel.

Este, después de agitarlos un momento, los echó sobre la mesa. Uno de los dados marcó tres; el otro, uno.

—¡Malo!—dijo Harmon. Y cogiendo de nuevo los dados, los entregó a uno de sus cómplices.

—Tira por mí... Yo tengo mala suerte—dijo.

El cómplice sonrió, hizo un extraño juego de manos y echó los dados sobre la mesa.

Marcaron siete y cinco.

—¡He ganado!—dijo Harmon soltando una carcajada.

Apoderóse del billete de cien dólares y devolvió todas las fichas a la banca.

—Mala cosa, Miguel... La suerte es voluble, en exceso. No hay que confiar en ella.

Y alejóse sonriente, mientras Eduardo comentaba con su amigo Carlos las incidencias de aquel juego, así como la precedencia del billete.

Miguel, aniquilado por la derrota, salió al pasillo y avanzó hacia Harmon.

—Hombre, Harmon... ya que me has ganado todo, dame a lo menos cincuenta dólares.

El propietario le abarcó con profundo desdén.

—¡No me molestes más y lárgate!

—Anda, veinte dólares al menos... para que pueda pasar una nochecita completa.

—Te he dicho que te marches de aquí, imbécil...

Y apartándole bruscamente, subió a su habitación dejando a Miguel, pleno de ira.

Su amante se acercó a él y le dijo:

—¿No sabes? He registrado los bolsillos del hombre que ha jugado por Harmon y he encontrado dos pares de dados. Los unos, legales... pero los otros marcaban en todos sus lados los

números cinco o siete... El, ha jugado con los dados falsos...

—¡El miserable... el canalla!...—gritó.

—Cambié tus dados... ¡Háblale! ¡Haz que te devuelva el dinero... o mátese!—rugió ella con ferocidad de mala mujer.

—¡Voy a hacerlo!... ¡No se burlará más de mí!

Y procurando no ser visto, se encaminó a las habitaciones privadas de Harmon.

Llamó a la puerta. Harmon, que había perfumado con un pulverizador el cuarto dándole cierto aroma pecador, corrió a abrir creyendo que era la linda peticionaria.

Retrocedió asustado al ver que se trataba de Miguel, quien avanzaba con desconocido gesto de ferocidad.

—¿Qué quieres? ¿Cómo te atreves a entrar aquí?—le dijo.

—¿Aun me amenazas, señor tahir? ¡Muy bien!...

—¡Sal en seguida!

—Antes me darás al menos los cien dólares...

Si quieres nos los jugaremos, pero yo usaré tus propios dados preparados. ¿Me comprendes?

Demasiado le entendió Harmon.

¿Cómo diablos aquel hombre había podido averiguar?...

—¡Bueno!—dijo—. Quiero evitar pendencias inútiles. Puedes tomar ese billete de cien pesos y guárdatelo en la cartera.

—Haces bien, porque sino te lo hubiera quitado, fuese como fuese.

Cogió Miguel el billete, el mismo de la inscripción hecha por Eduardo, y lo acarició.

—Y otra vez, procura no engañarme, porque te resultará mal. Con ese billete de la buena suerte voy a jugar ahora de nuevo... y ¡ay de ti si me preparas alguna trampa!

Disimuladamente, Harmon tocó un timbre, silencioso en el cuarto, pero que se oía perfectamente en otra de las habitaciones.

—Adiós...—dijo Miguel—. Soy demasiado bueno que no te exija lo que antes gané...

En aquel instante, dos secuaces de Harmon aparecieron en la estancia y cogieron por los brazos a Miguel.

Este lanzó un grito de rabia.

—¿Qué te habías creído, incauto?—le dijo Harmon—. ¿Que me iba a desplumar?

Volvió a quitarle el billete de cien dólares y ordenó echasen a la calle al antipático sujeto.

Cogiéndole a empujones, lo lanzaron brutalmente al exterior, sobre la nieve.

También a una orden de Harmon, fué invitada a marcharse de la casa de juego la amante de Miguel.

—¿Por qué he de salir?—decía ella.

—Quieren hablar con usted por el teléfono de larga distancia.

Y quieras que no, la arrastraron hacia la puerta, arrojándola lejos, como un fardo inútil, al lado de Miguel, que permanecía todavía sobre la nieve.

Los amantes se alejaron profiriendo maldiciones y soñando espantosas venganzas.

Minutos después llegaba a la casa de juego la bella Margarita. Era más de media noche y el frío aumentaba de modo aterrador.

Uno de los cómplices de Harmon le franqueó la entrada y la hizo subir por la escalinata a las habitaciones reservadas del propietario del garito.

Carlos, el amigo de Eduardo, al pasar ante la

escalera, vió, asombrado, a aquella mujer y corrió a comunicar a su camarada el inesperado descubrimiento.

—Acabo de ver a esa joven que te ha trastornado la cabeza—le dijo.

Eduardo le miró con incredulidad.

—Tú eres el que tiene la cabeza trastornada... ¿Qué iba a hacer aquí una joven como ella?

—La he visto con mis propios ojos. Ven y te convencerás.

Tanto insistió que Eduardo quiso cerciorarse por sí mismo. Fueron a subir la escalinata, pero uno de los amigos del señor Harmon les vedó el paso.

—Dispensen, no se puede subir.

—Es que he visto una señora...—dijo Carlos.

—La señora que ha subido es la esposa del señor Harmon.

—¡Ah, perdónese usted!... Nos habíamos confundido—dijo Eduardo.

Y rogando por un brazo a su amigo, marcharon de allí.

—¿Ves como estás soñando, hombre de Dios?

—Sin embargo, yo hubiera jurado...

—Estás viendo visiones, querido... Cualquiera diría que has tomado whisky.

—No he probado una gota, y tal vez haya sido todo una alucinación.

—¡Naturalmente!

Y no volvieron a preocuparse ya de aquel asunto.

Entretanto, Margarita había llegado, muerta de miedo, a las habitaciones de Harmon.

Este la recibió con su cordialidad de hombre de mundo, con su carácter abierto y seductor que ocultaba un refinamiento malvado.

La joven temblaba...

¿Serían verdad los malos informes acerca de aquel hombre? ¿Qué exigiría para su protección?

El le besó la mano, de modo correcto, como un perfecto caballero.

—Siéntese usted, señorita—le dijo—y dígame por qué necesita una colocación con tanta urgencia.

—(Ah, señor Harmon!... Mi situación es desesperada. Estoy sin trabajo, debo tres meses de alquiler a la patrona, y tengo que mantener a un hermanito enfermo... Y si no logro conseguir el dinero esta misma noche, me van a echar a la calle.

Aquel relato lastimoso en vez de enternecer a Harmon le hizo reír con una carrajada insultante.

—Si, esa es una historia vieja—dijo—. La tengo oída más de ochenta mil veces.

—Pero...

—¡Qué listas son las mujeres!... Siempre llorando para que nos enternezcamos de veras...

Su actitud era cruel.

Margarita se puso en pie presintiendo un peligro grave. Recordó las palabras de su amiga María.

¡Ah! ¿Habría comido realmente una imprudencia al haber venido? Pero al propio tiempo pensó en su hermanito enfermo, en el niño que lloraba porque le arrancaron de modo incomprendible para él, los juguetes de los Reyes, y ante situación desesperada, se hizo el propósito de buscar remedio a su desgracia.

El miserable acarició el rostro de Margarita y le dijo:

—Mire, monina, con esa carita no tiene necesidad de trabajar para ganarse la vida.

—(Oh, no me toque!—protestó ella.

—Si se va a convertir en un témpano de hielo, puede usted marcharse cuando guste, le advierto, pero entonces no espere de mí ni la más pequeña protección. En cambio, si quiere usted verme agradable, verá que no soy malo del todo.

Guardó ella silencio. Vió con profunda repug-

nancia cómo la mano febril de aquel hombre acariciaba su brazo.

—Yo soy muy generosa con las personas que me gustan—agregó él—y verá usted cómo no hay nadie más rumboso que yo.



—Yo soy muy generosa con las personas que me gustan...

Sacóse la cartera y le mostró un fajo de billetes. El primer billete era de cien dólares y en el costado llevaba la inscripción "Buena Suerte". Era el billete tomado a Miguel.

La joven tuvo que apoyarse en el respaldo de

un sillón para no caer al suelo, fulminada por la sorpresa.

—¡Dios santo! ¡Aquel billete era el suyo, el que la mano del incógnito amigo le entregara!

¿Entonces... aquel hombre que tenía delante y que pretendía protegerla, era acaso el ladrón, autor de sus desdichas, por el cual estaba sufriendo tales momentos de amargura?

—¿De dónde sacó ese billete?—preguntó.

—¿Le interesa saberlo?

—¡Muchísimo!...

—¿Por qué razón?

—Me lo robaron hace unas horas en una tienda de juguetes.

—¿De veras?

Soltó una nueva carcajada.

—Me harás el favor de creer que no te lo he robado yo, ¿eh?—dijo ríeteandola—. Este billete lo he ganado jugando con un cliente de la casa... Vete a saber si él habrá sido el ladrón. No me extrañaría, pues es realmente un malvado. Pero, ahora el billete es mío, niña, y hay que hacer algo para ganarlo.

De nuevo pretendió abrazarla y esta vez ella le rechazó con fuerza, repugnándole el contacto de aquel hombre.

No, no era el ladrón, pero tal vez era más

que ésto; era el criminal que quiere abusar de su situación y su fuerza para rendir a una pobre y desvalida mujer.

—Chica, ¿qué es eso?—gritó Harmon—. No quiero que te pongas tonta... Ya te he dicho cómo puedes conseguir dinero.

Margarita se dejó caer en un sillón... Lloraba. Dolorosos pensamientos Benaban su imaginación.

Por un lado estaba la honra, la virtud, su alma de mujer, soberana y limpia. Por el otro, el hermanito doliente, sin juguetes, la expulsión de la casa, las horas sin hogar y bajo la nieve.

Si se tratara de ella, no hubiera vacilado; ni siquiera habría venido ahí. Pero estaba su hermano, el ser inocente que conocía demasiado pronto las tristezas del vivir.

Una voz en su conciencia la gritaba: "¡Vete, vete!... Por nada del mundo, una mujer debe permanecer aquí." Pero otra voz que apagaba la anterior, volvía a hablarle del niño enfermo, acusándole de ser una mala hermana.

¡Demasiada lucha para un corazón tan débil de mujer!

Harmon tocó un timbre y llamó a Felipe, su ayuda de cámara, un perillán de fidelidad absoluta.

El hombre sonrió al ver a su señorito en compañía de una linda mujer. ¡Ah, magnífico! ¡Se aprovechaba bien el tiempo!

Harmon salió con él al corredor y le dijo:

—Me parece que va a ser la gran noche... Sube un poco de champaña.

—Ahora mismo, señor...

—Y de la bodega quédate otra botella para ti—añadió alegremente dándole unos golpecitos en la espalda.

El mayordomo marchó más contento que unas pascuas, y Harmon quedó unos momentos en el pasillo, diciéndose que aquel hombre era de los pocos que sabían callar y ocultar las aventuras del amor.

Se disponía a entrar de nuevo en la habitación cuando vió ante la puerta la figura siniestra de Miguel.

♦ ♦ ♦

Miguel había vuelto a la casa de juego aconsejado por su amante, la rubia oxigenada.

—Harmon es una canalla—le había dicho ella.

—Regresa y acaba con él.

Otro de sus camaradas le había aconsejado lo mismo, y el miserable acabó por ceder.

Después de recibir un intenso beso de los labios viciados de su amiga, Miguel se encaminó a la casa de juego, entrando sin ser visto por nadie.

Y ahora se encontraba frente a frente con Harmon en el momento en que éste iba a entrar en su cuarto.

—¿A qué has venido? —le increpó el propietario.

—¿A matarte! ¡Te has burlado de mí... y eso no se hace dos veces!

Y empuñando una larga pistola, disparó un tiro contra él a boca de jarro.

Puso sus manos en la americana de Harmon y apoderóse de su cartera repleta de billetes.

Tiró al suelo la pistola y huyó.

Pero como no quería correr el riesgo de ser visto, se encaramó al tejado... Allí vio una cuerda y atándola a un saliente del edificio, cogióse a ella y comenzó a bajar por la parte posterior de la casa.

Pero... apenas había descendido como cosa de un piso, la cuerda, vieja ya, súbitamente se rompió, y el miserable vino a caer con la cabeza aplastada sobre el nevado suelo.

Nadie se había dado cuenta de lo sucedido...

La noche era muy cerrada y completa la soledad que rodeaba la casa. Pronto la nieve cubrió el rostro del desgraciado.

Entretanto, Harmon, herido de muerte por el pistoletazo, entraba tambaleándose en su cuarto y penosamente se sentaba en una butaca.

No tenía fuerzas para hablar, ni siquiera para quejarse; su vida se escapaba por momentos.

Margarita estaba ahora de pie ante una ventana, de espaldas a aquel hombre. Distráida, contemplando el espectáculo nocturno de la ciudad que encerraba tantas injusticias y miserias, no le había visto entrar ni había oído el disparo de momentos antes.

Meditaba sin encontrar solución al problema. Seguía luchando en una constante contradicción interior.

De pronto se volvió y vio a Harmon con los ojos cerrados y la cabeza caída sobre el pecho, en una actitud de sueño y de meditación.

Acercóse a él lentamente, y como parecía dormido, le dijo:

—Señor Harmon...

Pero el hombre no se movió. Margarita, profundamente extrañada, le tocó una de las ma-

nos, y el brazo vino a caer inerte y sin fuerzas.

—¡Señor Harmon!—repitió, atemorizada.

El mismo silencio, la misma trágica quietud.

Zarandeó entonces a aquel hombre y éste permaneció sin movimiento.



¿Muerto? ¿Estaría muerto?

Un miedo, un terror inmenso hizo castañetear sus dientes. ¿Muerto? ¿Estaría muerto?

Horrorizada salió al corredor.

Iba a pedir auxilio cuando encontráse frente a frente con Eduardo Warren, que ante los requerimientos de su amigo Carlos, que le asegu-

ra formalmente que la chica que le había trastornado la cabeza estaba allí, se decidió a subir.

—¡Usted aquí!—dijo, sorprendido, al ver a Margarita salir desencajada de una habitación.

—¡Qué alegría verle!—aspiró ella—. ¡Entre... entre!... Yo no sé lo que ha pasado... pero Harmon me parece que está muerto...

—¿Harmon?

Corrieron al cuarto, y Eduardo auscultó al dueño de la casa de juegos. Movió la cabeza con pesar.

—¿Está muerto!... Pero, ¿quién le ha matado? ¿Cómo se encuentra usted aquí? ¡Hable, por Dios!

La joven, rápida y atropelladamente, explicó los motivos de su presencia en aquella casa. Había venido a pedir un empleo, una colocación... Ella y su hermanito carecían de todo recurso... Pero en cuanto a la muerte de Harmon, no sabía nada, le juraba que no sabía nada... ni siquiera oyó el disparo...

Había tantas lágrimas en aquellos ojos, tan cálida realidad en su narración, que Eduardo no dudó de su veracidad.

—¡Pobrecita nena! ¡Ah! ¿Por qué no se confió usted a mí cuando nos vimos por primera vez?

—No iba usted solo y...

—¡Animo! Es preciso salir de aquí, ahora mismo, antes de que se descubra el misterioso crimen.

Iban a marchar cuando llamaron a la puerta. La joven se estremeció de terror, pero Eduardo la recomendó prudencia, serenidad.

Había que obrar con cautela, disimular. Se sentaron ante el muerto que permanecía en el sillón, inclinado a uno de los lados.

Los tres estaban alrededor de una mesa.

A una voz de Eduardo, abrióse la puerta y entró Felipe, el ayuda de cámara con unas copas y una botella de champaña.

—¡Buenas noches, señores!—dijo alegremente—. ¡Y Feliz Año Nuevo!

—¡Gracias... gracias!—respondió Eduardo.

La joven con la mano sobre el corazón procuraba acallar sus intensos latidos.

El ayuda de cámara miró extrañado a su señorito. ¡Caramba! Parecía dormido.

No le sorprendió la presencia allí de Eduardo, pues conocía de sobras a ese cliente rico.

Escanció unas copas y entregó una a Margarita y otra a Eduardo. Al llegar la tercera para su amo, Margarita exclamó con trémula voz, deteniéndole el brazo.

—¡Para el señor Harmon, no!... ¡Ha tomado bastante ya!

Y se echó a reír, mientras Eduardo soltaba una carcajada.

—¡Caramba!—exclamó Felipe, riendo a su vez—. He servido al jefe durante diez años... pero jamás lo vi tan borracho.

—Hoy es día extraordinario.

—Sí... sí... es verdad... está borracho.

Pero en aquel instante descubrió Felipe una cosa terrible. La camisa de Harmon estaba empapada de sangre. Aquel hombre había sido asesinado.

No tuvo valar para gritar, para indicar su terrible descubrimiento, y soltó un espantosa carcajada que estremeció a todos.

—¡Borracho... está borracho... está dormido! ¡Ja... ja... ja!...

Y riendo lentamente, con trágicas oscilaciones, se alejó de la estancia mientras Margarita y Eduardo reían también... mientras interiormente sus almas morían de angustia.

Pero apenas Felipe salió de la habitación, comenzó a gritar dando siniestros aullidos:

—¡Está muerto! ¡Han matado a Harmon!

Acudieron unos cómplices de Harmon que estaban cerca de la escalera y oyeron de labios del

ayuda de cámara la trágica relación de aquel cuento de pesadilla.

Entretanto, Margarita y Eduardo habían salido al corredor para huir. El joven tropezó al marchar con la pistola que Miguel había dejado en su fuga.

Mientras la estaba examinando, aparecieron Felipe y los amigos de Harmon, cayendo sobre él, y arrebatándole el arma.

Entraron todos en la habitación donde estaba el cadáver de Harmon.

—¡Ah, miserable!—rugió uno de los cómplices—. ¡Ha sido usted... usted!...

—¡No... no!... ¡Es mentira!...

—Estaba ya muerto cuando le descubrimos—dijo Margarita.

Pero el cómplice examinó la pistola que tenía huellas de haber sido disparada recientemente.

—Un amortiguador de detonaciones—dijo, viendo un extraño aparato que había junto al cañón—. ¡Magnífico! ¡Ha llevado usted las cosas bien meditadas.

—Les aseguro a ustedes que yo...

—¡Basta!—gritó un tal Smith que se las daba de jefe. ¡Lleven a ese hombre a la Delegación de Policía.

—¡Es inocente... es inocente!—diera Margarita.

—¡Silencio! Eso la policía lo averiguará.

Dijo Smith algo al oído de sus cómplices, éstos sonrieron y empujaron a Eduardo hacia la es-



—*Es inocente... es inocente!*

calera a pesar de sus enérgicas protestas y de los gritos de Margarita.

Al llegar al salón de abajo, Carlos quiso acercarse a su compañero, pero no se lo permitieron los otros cómplices de Harmon.

Eduardo con aquel puñado de malvados salió

a la calle. Un automóvil estaba parado ante el edificio.

—¡Entre ahí!—le gritó Smith.

Eduardo temió una celada; le pareció que aquellos hombres que le contemplaban con odio terroz iban a matarle y gritó:

—No entraré en ese auto hasta que traigan un policía.

—¡No le lleven... no le lleven!—gritaba la desdichada Margarita.

—Basta de gritos. Le llevamos a la Jefatura de la Policía. Allí se verá si es o no inocente.

—¡Miente usted!... Lo van a asesinar... ¡Ah, no le hagan daño... Él no es culpable!

En aquel instante, Carlos pudo salir del edificio y correr en auxilio de Eduardo.

Hubo una lucha terroz, pero vinieron nuevos amigos de Harmon y finalmente pudieron reducir a la impotencia a los dos amigos.

Eduaron de allí a Carlos y metieron a Eduardo, medio desvanecido, en el coche.

—¡No tué él... yo les aseguro que no fué él!—gritaba, desolada, Margarita.

El coche comenzó a andar y ante él, impidiéndole el paso, Margarita, con los brazos en cruz, suplicaba que no marchase.

Tenía miedo; le parecía que iban a matar al inocente.

El coche dió un viraje, y Margarita tuvo que correr para no ser atropellada por el vehículo.

Pero de pronto, encontraron en el camino a un hombre caído en tierra y casi cubierto por la nieve.

En su mano llevaba una cartera abierta con muchos billetes de banco.

Margarita dió un grito:

—¡Deteneos... deteneos!...

Bajaron los cómplices de Harmon para quitar de delante aquel obstáculo y reconocieron en el hombre muerto a Miguel. En una de sus manos había una cartera repleta de billetes y con documentos de Harmon.

Una cuerda rota que descendía del tejado de la casa de juego les acabó de hacer ver claro el asunto.

Miguel era, pues, el hombre que había asesinado a Harmon. Sin duda al descender para escapar, la cuerda se había roto y el criminal cayó en el vacío.

Puestas las cosas en claro, Smith dió orden de que se pusiera en libertad inmediatamente al falso delincuente.

Eduardo reunióse con Margarita y Carlos y los tres se alejaron rápidamente de aquel lugar que estuvo a punto de ser fatal para ellos.



Se dirigieron a un restaurante. Allí Margarita volvió a exponer sencilla y noblemente su situación... Y Eduardo con frase cálida y emocionada le dijo que no la había podido olvidar desde la primera vez...

Y los tres, tras de hablar del hermanito enfermo, entraron en una tienda a adquirir juguetes, y luego se dirigieron a la pensión.

Por el camino, Eduardo expuso a su nueva amiga la intensa pasión que experimentaba por ella. Y Margarita, ilusionada por la llama del amor, creyó en sus palabras...

Llegaron a la casa. Carlos, espíritu infantil, se había vestido con un disfraz de rey Gaspar.

Entró cargado de juguetes en el cuartito de Pedrito. El niño dormía soñando en la ventura de que al nuevo despertar hallara regalos en su torno.

Y el niño abrió los ojos. Y se vió de pronto rodeado de lindos juguetes...

Una inmensa emoción se apoderó del niño. Pero lo que más le impresionó fué la presencia del rey Gaspar que dormía profundamente, en



observaban lo que ocurría...

un sillón, apoyada la mano en su barba blanca. Saltó del lecho y acercóse de puntillas a él.

Eduardo y Margarita aguardaban en la contigua estancia y observaban lo que ocurría por la puerta entreabierta.

El nene tocó al rey Gaspar y le despertó.
 —Niño, ¿qué quieres?—dijo el Rey abuecan-
 do la voz.
 —¿Eres de verdad el rey Gaspar?—preguntó
 el chiquillo.
 —¿No me estás viendo?



...y se prometían casarse pronto...

—Pues si de veras eres el rey Gaspar, búscame
 a mi hermanita.

Carlos hizo una seña y Margarita avanzó
 suavemente por la habitación y estrechó entre
 sus brazos al niño.

Pedrito estaba maravillado. ¡Oh, realidad de
 las fantásticas cosas! *

—¿Y no le trajiste nada a mi hermanita?—
 dijo.

Otra seña de Carlos, y Eduardo entró en la
 estancia y quedó junto a Margarita, que era ya
 el ídolo de su amor.

—Es mi novia—murmuró, tiernamente emo-
 cionada, Margarita.

—¿Le has traído un novio?—exclamó Pedrin.

—Está bien, rey Gaspar, pero quizás el año que
 viene le traerás algo mejor.

Y telia se fué a jugar con sus muñecos y sol-
 dados mientras los novios se reían de la salida
 del chiquilín y se prometían casarse pronto para
 que el año que viene hubiese... algo... palpi-
 tante y lindo que se pareciese a uno de los dos...

F I N

A nuestros lectores

A fin de que los señores vendedores que no han aceptado el aumento de contribución para tener derecho a ofrecer publicaciones de precio superior a una peseta, no se vean obligados a privar a sus clientes de las acreditadas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica EDICIONES BISTAGNE ha decidido rebajar el precio de dicha publicación, de Una peseta cincuenta a

UNA PESETA,

sin variación en el formato ni en el texto.

Y no dudamos que esta notable concesión al público nos será compensada con la mayor difusión de estas Ediciones Especiales, que seguirán publicando los mejores asuntos de la presente temporada.

En preparación:

La melodía del amor

por

Lupe Vélez, Jetta Goudal y William Boyd

Precio: UNA PESETA

16 ilustraciones fotográficas en papel couché

No se olvide de

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de nove'as modernas

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Modistilla

PIDA EN CUALQUIER QUIOSCO:

Plastic Films

Beldades de la pantalla en «poses» de arte
CADA FOTOGRAFIA, UN CUALRO

Precio: 1 PESETA

Coleccione usted las fotografías
de las mejores artistas de la pantalla en
sugestivas «poses», que regala, con cada
ejemplar,

La Novela Frívola Cinematográfica

Sugestivos asuntos. Lectura amena y
optimista.

Precio: 30 cts.

Léala y será un admirador más

Las mejores novelas de cine:



La Novela Semanal Cinematográfica
La Novela Americana Cinematográfica
Los Grandes Films de La Novela Semanal
Cinematográfica
La Novela Frívola Cinematográfica
y las selectas
**Editiones Especiales de La Novela
Semanal Cinematográfica**

¡Siempre los mejores asuntos!



EXCLUSIVA DE VENTA
PARA ESPAÑA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA,
DIARIOS, REVISTAS y PUBLICACIONES, S. A.



BARCELONA: Barberá, 16

MADRID: Caños, 1

E. B.

